Dios perdona la incredulidad

Pastor: Oscar Arocha
Septiembre 1, 2013
Iglesia Bautista de la Gracia
Santiago, República Dominicana

"Y cuando El venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio; de pecado, porque no creen en mí." - (Juan 16:8-9)

Será frecuente leer en los periódicos y otras publicaciones, que el mundo se escandaliza ante la comisión de ciertos pecados, pero con el pecado de incredulidad ocurre algo diferente, la sociedad no lo condena. Esta realidad sugiere que la mente natural es opuesta o muy diferente a la mente de Dios y se cumple lo dicho por el profeta: "A lo bueno llaman malo y a lo malo llaman bueno". No que otros pecados sean buenos, sino que los valores de la humanidad están invertidos. Lo barato tiene etiqueta de caro, y lo caro precio de barato.

La incredulidad es el mayor pecado porque Dios emplea el más alto medio para darnos sentido de él, Su Santo Espíritu; otros pecados pueden ser conocidos por las reglas morales de la sociedad, pero con la incredulidad el Espíritu de Dios mismo debe venir a producir esa convicción. Dios aborrece todos los pecados, pero a este más, pues Cristo vino para expiarlo y el Espíritu para reprobarlo. La primera obra que hace el Consolador en un hombre es abrirle los ojos del entendimiento para que la vista del alma vea esa malignidad. La incredulidad es la madre de todos los pecados. Es también el último pecado que es vencido. El mayor mal que puede cometer un enfermo es despreciar el remedio, la incredulidad es el desprecio a la salvación.

Estudiaremos este verso así: **Uno**, La ocasión de estas Palabras de Cristo. **Dos**, Naturaleza de la incredulidad.

(1). La Ocasión de las Palabras de Cristo

Las palabras que rodean este texto corresponden a la plática que tuvo el Señor Jesús con sus discípulos la noche en que se manifestó la traición de Judas. Luego que el Iscariote se apartó dijo este discurso. La intención fue advertirlos contra la violencia que iba a desatarse tan pronto como se fuera: "Os he dicho estas cosas para que cuando llegue la hora, os acordéis de que ya os había hablado de ellas" (v4). El sabe lo inclinado que está el corazón humano para hacer una reflexión injusta y atribuir sus problemas a causa equivocadas. Así no tendrían dureza hacia Cristo, como si sucediera algo que sabiéndolo no se lo comunicó. Note que nuestras armas son espirituales, del entendimiento, y esta evitaría pensar mal de Cristo, o que no lo trató honradamente. Matar la idea de falsedad. El Señor les entregó lo amargo y dulce, lo mejor y lo peor. Así no pensarían que les dio miel, y escondió el veneno.

Una Promesa. Luego les prometió sostén divino, pues se habían entristecidos al enterarse de Su partida: "Cuando venga el Consolador, a quien yo enviaré del Padre, es decir, el Espíritu de verdad que procede del Padre, El dará testimonio de mí" (15:26). Dios no envía aflicción a su pueblo, sin darles el debido sostén. La medicina amarga para curar la enfermedad y el dulzor para sostener el espíritu. Nuestro Salvador les dijo que el Consolador refrescaría, y enseñaría las cruces que vendrían. Tal como hizo Dios con nuestros primeros padres, primero la sentencia de maldición, y luego la promesa del Redentor.

Aun a los más amados de Dios se les envían aflicciones. Estarán expuestos a la expulsión de la sociedad: "Os expulsarán de la sinagoga; pero viene la hora cuando cualquiera que os mate pensará que así rinde un servicio a Dios. Y harán estas cosas porque no han conocido ni al Padre ni a mí" (v2-3). La causa de las persecuciones son dos, celo supersticioso e ignorancia. A los discípulos se les llenó de tristeza el corazón al pensar que tendrían que enfrentar tanta crueldad sin contar con la presencia de Jesús. Luego revela el propósito: "Os he dicho estas cosas para que cuando llegue la hora, os acordéis de que ya os había hablado de ellas" (v4); que pudieran traer a la memoria y así producir paz en el corazón. Mientras El estuvo con ellos, fue el remedio eficaz en las emergencias. Como malla protectora contra la furia de los hombres.

Razonó con ellos. También les razonó sobre las causas de sus lamentos: "Ahora voy al que me envió, y ninguno de vosotros me pregunta: "¿Adónde vas?" Mas porque os he dicho estas cosas, la tristeza ha llenado vuestro corazón" (v5,6). Quién no hubiese sentido tristeza ante la anunciada partida del Maestro amado. Terribles sentimientos de abandono se apoderaron. Es probable que la concepción carnal que tenían del reino les aumentara la tristeza ante la posibilidad de fracaso. Las ventajas esperadas de pronto se desvanecen, recuerde lo que pidieron a Jesús: "Concédenos que en tu gloria nos sentemos uno a tu derecha y el otro a tu izquierda" (Marcos 10:37). Lo habían dejado todo por El y ahora se va. Nótese que la tristeza les vino por ignorancia, lo cual indica: Que en los Creyentes el dolor, por lo general, nace como resultado de ignorar los designios y verdades de Dios. Por eso Cristo les dice: "Yo os digo la verdad: os conviene que yo me vaya" (v7). Era necesario que se marchara a ocupar la silla del Trono a la diestra de Dios, y un torrente de misericordias vinieran a cada Creyente.

(2). Naturaleza de la Incredulidad y su Maldad

Enfocaremos esta parte: "De pecado, porque no creen en mí." En tres: Lo que no es incredulidad. Lo que sí es, y su maldad.

La incredulidad: Negativamente. Si algún Creyente carece de seguridad no podemos afirmar que sea incrédulo, pues una cosa es el árbol cuyo nombre es fe y otro diferente son los frutos de la fe. Un niño puede ser el heredero del reino de Inglaterra, pero él mismo no lo sabe por la ignorancia propia de su edad. Una cosa es tener derecho a la herencia y otra diferente es seguridad de poseerla. La seguridad es un fruto

que crece por la raíz de la fe. Un árbol de limoncillos sólo da frutos en el verano, pero en invierno no podemos decir que lo no sea.

Un caso ilustra: "A ella le dijo: Tus pecados han sido perdonados. .. Pero Jesús dijo a la mujer: Tu fe te ha salvado, vete en paz." (Lucas 7:48,50). La fe de María actuó antes que el consuelo. Los pecados no les fueron perdonados por lo que hizo, sino que actuó por la fe que tuvo en Cristo. No es incredulidad interrupción de los actos de fe. La fe puede dormir y no ser incredulidad. Como tampoco podemos decir que un hombre durmiendo está muerto. Un Creyente puede, como Sansón, perder su poder presente mientras él retiene su propia vida. El mismo Cristo rogó que la fe de Pedro no faltara, y después de su caída volvió al Señor (Lucas 22:32). Una persona puede sentirse asfixiada, faltarle el aire por un instante, pero cerrada la causa de la asfixia vuelve a respirar. Un verdadero Creyente no puede estar largo tiempo sin un acto de fe, ni un hombre sin respirar. El tener dudas no es incredulidad, pues las dudas pueden entrar en cualquier Creyente. Las dudas son frecuentes en el inicio de la vida de fe. Las dudas no son una carencia de fe, sino una debilidad de la fe. El tener anemia no significa estar muerto, sino débil: "Viendo la fuerza del viento tuvo miedo, y empezando a hundirse gritó, diciendo: ¡Señor, sálvame! Y al instante Jesús, extendiendo la mano, lo sostuvo y le dijo*: Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?" (Mateo 14:30-31). Una cosa es incredulidad y otra es tener pensamientos incrédulos, los cuales el Creyente desprecia. Los apóstoles no creían la resurrección de Cristo, pero al final vencieron esos pensamientos de incredulidad creyendo.

La incredulidad: Positivamente. Es incredulidad una negación de la verdad esencial del evangelio. En breve: Es no creer en Cristo. Cuando los hombres no asienten, no están de acuerdo en corazón y práctica con las doctrinas del cristianismo. Los judíos decían que el evangelio era un libro lleno de mentiras. Otros dicen que las cartas de Pablo eran fábulas. Y hay quienes no dudan abiertamente, pero cuestionan la certeza de sus doctrinas, atribuyen imprecisión y falta de veracidad y falsedad al Evangelio: Es incredulidad cuando se rehusa aceptar a Cristo de corazón sobre los términos del evangelio.

El Señor ha establecido los términos y lecciones básicas del cristianismo, y si rechazan aceptarlo así y quieren establecerlo en sus propios términos, sería incredulidad. Los diablos creen que hay un Dios (Santiago 2:19), creen los principios del evangelio, tal como el hombre que el aire sopla, que el sol brilla y el aire refresca, pero no depositan su corazón en Cristo. Eso es incredulidad o fe de demonios. Tanto ellos como los incrédulos han experimentado esas realidades, pero no creen que la felicidad está sólo y únicamente en Cristo. Es incredulidad cuando los hombres asienten a la verdad con sus mentes, pero rehusan entregar su voluntad a Dios: "Profesan conocer a Dios, pero con sus hechos lo niegan" (Tito 1:16). Tal confianza es mental, carece de evidencia. Hay ricos en sus mentes, pero la vida que llevan los denuncia. Ellos estiman la verdad, pero no creen la bondad o beneficio presente y eterno que traen la verdad a los que la aman o ponen en práctica. Eso sería incredulidad. Son incrédulos quienes les gustaría la

seguridad de ir al Paraíso, pero rehusan pagar el servicio para alcanzarla. Les gusta la salvación, pero rechazan el yugo de la salvación. Entonces el mayor pecado es la incredulidad, y abunda más donde el Evangelio es predicado.

El mal de la incredulidad. Es un ataque u ofensa contra Dios. Cualquier cosa hecha contra una institución divina, Dios la considera contra sí mismo. Los israelitas le dijeron a Samuel que no lo querían como juez, sino un rey terrenal; oiga la respuesta: "El Señor dijo a Samuel: Escucha la voz del pueblo en cuanto a todo lo que te digan, pues no te han desechado a ti, sino que me han desechado a mí para que no sea rey sobre ellos" (1 Samuel 8:7). Lo mismo que cualquier desprecio contra Cristo, el Cristo de Dios, es contra Dios mismo. De manera que el no recibir a Cristo es aborrecer a Dios: "Se levantan los reyes de la tierra, y los gobernantes traman unidos contra el Señor y contra su Ungido" (Salmos 2:2). Cuando no creemos lo que un hombre dice, es que no le vemos confiable. Lo mismo el no creer a Dios sería desconfiarle. La incredulidad es tan grave porque hace a Dios un ser falso y con otras intenciones a las que ha revelado: "El que cree en el Hijo de Dios tiene el testimonio en sí mismo; el que no cree a Dios, ha hecho a Dios mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado respecto a su Hijo" (1 Juan 5:10). Es enorme pecado; la verdad es la esencia del Ser Divino. Alguien ha dicho: Si Dios apareciera en forma humana, el cuerpo sería luz y su alma sería la verdad. Es imposible que la verdad mienta.

Implicaciones. La incredulidad también implica que se haría al Señor culpable de perjurio, o que jura en falso. Que promete una cosa y se propone otra. Cuando alguien acusa a otro de algo que el otro no ha hecho se le traduce a los tribunales por difamación. La incredulidad sería como difamar al Creador. Cuando alguno es incrédulo está acusando a Dios de mentiroso, a los Creyentes de tontos, y él mismo se considera como el único poseedor de la verdad. Dios tendría que consultarle para poder manejar el universo. La incredulidad es un pecado incalificable y grosero. Dios ha llamado a los pecadores el arrepentimiento sobre la seguridad de su propia existencia y vida eterna: "Diles: "Vivo yo"—declara el Señor Dios—"que no me complazco en la muerte del impío, sino en que el impío se aparte de su camino y viva. Volveos, volveos de vuestros malos caminos. ¿Por qué habéis de morir, oh casa de Israel?" (Ezequel 33:11). La incredulidad es acusar a Dios de aparentar bondad y prometer algo que no puede cumplir. Si la difamación contra una persona conlleva un gran castigo, la incredulidad, que es difamar al Creador, no puede traer menos que condenación, sino se arrepiente.

Además de todo eso considera a Dios como tonto, pues lo que ha hecho para salvar a los pecadores sería innecesario. Si los hombres desprecian la salvación en Cristo, es que tienen otro método de salvarse sin necesidad de lo que Dios hizo para realizarla. La incredulidad acusa al Señor de estarse engañando El mismo y engañando a los otros. Es un pecado monstruoso. La incredulidad es peor que la incredulidad de los judíos y peor que crucificar a Cristo: "Si la hubieran entendido no habrían crucificado al Señor de gloria" (1 Corintios 2:8). Jesús mismo a la hora de la muerte dijo: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lucas 23:34). Este tiempo conocemos lo que los judíos

ignoraban, de manera que la culpa ahora sería mayor. Ahora los hombres rechazan a Cristo en contra del conocimiento, allá lo mataron por ignorancia. Hay mayor mal en la incredulidad presente que en el de los judíos. El ejemplo de los convertidos en aquel tiempo y en todas las edades son testimonio vivo de la verdad del evangelio. En aquel tiempo era milagros, ahora se tiene la historia de los milagros y el poder de Cristo transformando la vida de los hombres.

Lo peor. De este pecado es que toma posesión de las facultades más excelentes. Otros pecados se asientan en los sentidos, pero este en el entendimiento y voluntad. La incredulidad se levanta sobre la ignorancia del entendimiento y la corrupción de la voluntad, sobre todo en este último: "Y no queréis venir a mí para que tengáis vida" (Juan 5:40). No creen, porque no quieren creer.

Hoy vimos: Que Dios perdona el terrible pecado de la incredulidad. Se expuso así: La ocasión de estas Palabras de Cristo. La Naturaleza y maldad de la incredulidad. es tan grave porque hace a Dios un ser falso y con otras intenciones a las que ha revelado.

Aplicación

1. **Amigo: De inmediato sal corriendo hacia la salvación, la cual está en la misma mano que te hirió.** Tú has sido herido por la Palabra del Espíritu Santo, o se te convenció de incredulidad. Si te ha dolido es para sanarte eternamente, no tardes en acudir hoy al Espíritu de Gracia y verdad, como dice el profeta: "A causa de la iniquidad de su codicia, me enojé y lo herí; escondí mi rostro y me indigné, y él siguió desviándose por el camino de su corazón. He visto sus caminos, pero lo sanaré; lo guiaré y le daré consuelo a él y a los que con él lloran" (Isaías 57:17-18). Sed agradecido que Dios haya enviado Su Espíritu a hablarte como te ha hablado. Hasta hoy tú estabas ciego y te ha abierto los ojos; no lo cierres y mira a Cristo. El Espíritu tiene el oficio de curar, no tardes en acudir a El.

2. **Amigo: El mayor pecado es la incredulidad, no tienes razón de posponer tu conversión, pues estaría agregando mal a la que tienes.** No hay pecado peor que no creer. Si la mayor deuda te es perdonada, cuanto más las menores: "A fin de poder mostrar en los siglos venideros las sobreabundantes riquezas de su Gracia por su bondad para con nosotros en Cristo Jesús" (Efesios 2:7). ¡Oh amigo, no rehuses creer y recibir a Cristo! Imposible que saques bendición de lo que Dios ha maldecido. La incredulidad es una transgresión contra una regla y contra un remedio. El cáncer es mortal, pero rehusar el remedio sería monstruoso, incalificable. Si los salvajes son condenados por sus pecados sin haber oído el evangelio, cuanto más condenación les tocaría a quienes estarían considerando con su incredulidad que Dios es mentiroso.

Ahora oye este dulce mensaje: "Jesús les dijo: Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres. Y a cualquiera que diga una palabra contra el Hijo del Hombre, se le perdonará."